

## DISCURSO

pronunciado en la sesión del día 28 de Febrero de 1878  
sobre las cuestiones internacionales con motivo  
de la discusión del Mensaje.

---

Señores diputados, frecuente es en nuestra prensa y en nuestro Parlamento censurar las largas que aquí damos á los debates sobre el Mensaje, y proponernos la enseñanza de Bélgica, de Inglaterra y de otros Estados, sin caer en que, resueltas allí las cuestiones referentes á la organización de los poderes públicos, unidos en ideas capitales todos los entendimientos, proclamados como indiscutibles ciertos principios que aquí se discuten todavía, como el principio de la libertad religiosa, no pueden nacer los partidos que aquí nos dividen, ni brotar las pasiones que aquí nos enconan, ni surgir los asuntos que aquí nos embargan, y por consecuencia, no pueden levantarse las ideas que aquí se levantan, vapores necesarios del encrespado oleaje hirviente en nuestra triste y tormentosa vida. Sin embargo, los repúblicos de entereza, deben mirar las situaciones con cuidado y decirlas con verdad, sobre todo, cuando se posee el mandato de legislador, que basta por sí solo á honrar un nombre y llenar una historia. Yo, señores, creo que tenemos tanto más derecho á juzgar esta crisis, cuanto que nos

la hemos creado nosotros exclusivamente. Las generaciones vivas no son las únicas responsables de ella, sino, al contrario, esta situación nuestra, esta prolongada crisis es obra de pasadas generaciones y de pasados siglos. Nosotros debemos decir con mayor razón aún que el sublime Profeta de las Lamentaciones: *Patres nostri peccaverunt, et non sunt; et nos iniquitates eorum portavimus.*

Trescientos años de esfuerzos gigantescos para hacernos una nación reaccionaria, opone obstáculos insuperables á que seamos hoy una nación liberal, una nación moderna, y necesitamos serlo á toda costa, y necesitamos serlo á toda prisa, si no queremos sufrir la suerte de otras naciones, como Turquía y como Polonia, grandes ayer, hoy muertas; si no queremos sufrir la suerte de esas ciudades, como Constantinopla y Alejandria, pasmo ayer del mundo, hoy montón de escombros, en las cuales solo se encuentra la petrificación de las instituciones muertas y la fosforescencia de las ideas extinguidas.

Señores diputados: ó yo me equivoco mucho, ó toda la crisis que aquí comenzó con el célebre motín de Aranjuez, á principios del siglo, se parece á la crisis que atravesó Inglaterra al pasar de la política cortesana de los Tudores y de la política jesuítica de los Estuardos á las instituciones liberales y parlamentarias. Aquellos hombres de tanto seso, enloquecieron al mosto de las nuevas ideas; aquel suelo de tanta firmeza osciló, como los suelos ecuatoriales, á impulso de los terremotos; resistieron los Reyes hasta la demencia, innovaron los tribunos hasta la temeridad; la utopia del poder absoluto prendió en las cimas del Trono, y la utopia de la igualdad niveladora y demagógica se arrastró por los abismos donde yace la inteligencia del pueblo; esgrimióse el puñal de los asesinos en el corazón de los Ministros, y el hacha de los verdugos en la garganta de los Reyes; los Consejos militares dispusieron de la suerte de los diputados, y las bayonetas pretorianas volcaron en el suelo la majestad de la tribuna; las sectas religio-

sas encendieron todas las pasiones y juntaron, á la tempestad general, los horrores del fanatismo; corrió la sangre de los caballeros, de los puritanos, de los *cabezas redondas*, de los utopistas, manchando las losas de los templos, las puertas del Parlamento y el armiño de la corte; á las revoluciones sin medida, sucedieron las dictaduras sin freno, y á las dictaduras sin freno las restauraciones sin escrúpulo; porque Inglaterra fué como nave encallada en la arena y combatida por el oleaje, teniendo de la inercia y del movimiento todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas; zozobras de que no pudo salir hasta haber echado al agua un peso inútil, el peso de los viejos idolos, y haber recogido en sus velas una brisa favorable, la brisa de la libertad. (*Aplausos*).

¡Ah, señores! Trabajos difíciles hay en el mundo, trabajos titánicos, trabajos hercúleos; abrir un canal que con funda dos mares, como se ha abierto el canal de Suez, perforar una cordillera que acerque dos naciones, como se ha perforado la cordillera de los Alpes; echar un cable que junte dos continentes, como se ha echado el cable eléctrico; pero no hay ningún trabajo, no hay trabajo tan terrible, como convertir una nación reaccionaria en una nación liberal, porque en cuanto lo intentéis tropezais con las pasiones de vuestros amigos, con el fanatismo de vuestros contrarios, con las corrientes de los siglos, con los obstáculos del espacio, con las supersticiones de la conciencia, y, señores, hasta con las maldiciones del cielo.

Puesto que nos encontramos en esta larga elaboración desde principios del siglo; puesto que debemos convertir una nación esencialmente reaccionaria en una nación liberal, señores diputados, discutamos, ya que tantos problemas surgen á nuestro paso, y discutamos sin descanso; que no necesitan tanto de las ideas las naciones tranquilas y satisfechas, como las naciones perturbadas é inquietas. Pero al discutir, tengamos, señores, aquella mesura en la palabra, aquella dignidad en los sentimientos, aquel respeto á los adversarios, aquella elevación de ideas que es

la gloria y el orgullo de la tribuna española, y la envidia y la admiración de los extraños.

Nunca, jamás hemos empeñado estos debates en momentos tan solemnes, ni rodeados de circunstancias tan críticas. Nunca, jamás los hechos han tenido tanta magnitud al presente, ni han encerrado consecuencias tan graves para lo porvenir. Sí; cuando yo desde este sitio consagré un aplauso que me arrancaba la hermosura incomparable de la forma en aquel discurso que pronunció nuestro ilustre presidente, aplaudí no solo la belleza y la galanura del estilo, que á todos nos arrastró como arrastra siempre el gran maestro de la palabra y de la forma en los tiempos modernos; no solo aplaudí eso sino que aplaudí la elevación de ideas, al mirar desde esas alturas los problemas que en este momento pesan sobre nosotros.

Señores diputados: ¿los conocéis mayores? ¿Los habeis visto nunca más graves? La monarquía modificada por un hecho que si bien relativo á la vida privada, trasciende á la vida pública; las Cortes próximas á renovarse, porque esta Cámara ha concluido su mandato, y la ley pide la convocatoria de nuevas elecciones; la guerra de Cuba, por lo mismo que toca á favorable término, exigiendo reformas en cuya virtud acabe la servidumbre de los colonos y la esclavitud de los negros; la iglesia en aquel trance que unos temían y otros esperaban á la muerte del venerable último Pontífice, puesta en la alternativa, ó de optar por la tendencia de aquellos que hoy quieren constituir la en el único poder absoluto de Europa, ó de optar por la tendencia de aquellos que, recordando las sublimes palabras del Evangelio y pasando por San Francisco y por Savonarola, continúan creyendo al cristianismo el refugio de los oprimidos y la esperanza de los humildes; encendida la guerra en Oriente; ensangrentado el Danubio; insurrectos los pueblos servios, satisfaciendo una venganza acariada desde la batalla de Kosovo durante cuatro siglos; disputados por fuerza de las armas el Ponto-Euxino y la

Armenia; decadente Inglaterra; herida Austria; convulsa Hungría; incierta Alemania; trémula Bélgica y Holanda; la media luna con que soñara Osman, eclipsándose en las cúpulas de Santa Sofía, para ceder al lábaro que inspiró á Constantino sus victorias y á Justiniano sus Códigos; el amenazador coloso, anunciado por tantas profecías, acercándose al ocaso como la antigua Persia á la antigua Grecia; la idea de la unidad de las razas sustituida á la idea de la unidad de las naciones; problemas que llaman nuestra atención, que piden una palabra, si las Asambleas deliberantes han de ser el eco del espíritu público, y en esta alta tribuna ha de reflejar, como un espejo, la luz inextinguible de la pública conciencia.

Ahora bien: ¿ha correspondido el discurso de la Corona á la gravedad de las circunstancias? ¿ha correspondido el Mensaje de la Cámara á la crisis solemne que atravesamos? Preguntas son estas á que responderá todo mi discurso. No esperéis, señores, por muchas que sean vuestras satisfacciones de vencedores, no esperéis oír aquí la rabia y la desesperación de los vencidos. Llegados al poder, hemos medido de tal manera sus dificultades, hemos apreciado con tal precisión su alcance, que ya no estamos en el caso de pedir á ninguno de los poderes públicos que hagan milagros. Pero lo que si tenemos derecho á pedir á los poderes públicos, y los poderes públicos obligación de dar, es la existencia de dos principios, ó mejor dicho, la coexistencia de dos principios, sin los cuales no se conciben las sociedades numanas: la coexistencia del orden y de la libertad.

Cuando yo ejercí el poder, las necesidades del orden fueron tan grandes, que necesité sacrificar á ellas las exigencias de la libertad, y las sacrifiqué con entereza. Caído, aunque jamás aprobé el origen del poder que me sucediera, préstele todo mi apoyo para el restablecimiento del orden público. Y en una Cámara de la Restauración me encuentro, frente á frente de enemigos muy implacables míos: que

digan si he regateado, ni si quiera discutido aquellas cuestiones, aquellos proyectos de ley, aquellos puntos que se refieren al mantenimiento de la paz, á la integridad del territorio, al servicio de la marina y del ejército. Con esto he demostrado, señores diputados, que mis convicciones no son, como cree el vulgo de las gentes, frases retóricas, sino hondas y arraigadísimas creencias.

En medio de las zozobras de la revolución dije á mi partido.

«Puesta una sociedad en la alternativa de optar entre la anarquía y la dictadura, opta por la dictadura.» Pero ahora os digo á vosotros que si poneis á esta sociedad en la imposibilidad de poder recobrar pacíficamente sus antiguas libertades, optará por la revolución. Yo no quiero, señores diputados, que opte por este último extremo. El orden está asegurado. La paz pública reina de un extremo ó otro de la Península. Es necesario completarla, si no quereis perderla. El orden es como el espacio, que todo lo abraza; pero la luz que ha de esclarecerlo, el calor que ha de vivificarlo, el aire que ha de cubrirlo, es la libertad. No os pediré yo toda cuanta cabe en las instituciones por nosotros mantenidas; yo me guardaré bien de ese trabajo, completamente inútil. No os pediré aquella de que gozamos en cierto período de la revolución de Septiembre; os pido la que teneis obligación de darme por vuestras doctrinas, y la que tengo derecho á exigirlos por mi amor á la legalidad. Con este poco me basta para influir en el espíritu público y para acrecentar y prosperar nuestros derechos.

Dicho esto, entremos ya en el fondo de mi discurso y abordemos la cuestión internacional. Separados del centro de Europa por las crestas del Pirineo, las cuestiones centrales, aunque importen tanto como el conflicto de Prusia y Austria y el conflicto de Prusia y Dinamarca, nos cogen en una indiferencia de opinión muy semejante á la neutralidad absoluta. Pero si estamos separados del centro de Europa por las crestas del Pirineo, el mar de las navegaciones

antiguas y de los antiguos poemas, el mar de los dioses y de las artes nos une por lazos de olas y de espumas, mucho más fuertes que todas las cadenas, á los pueblos meridionales de Europa. Teniendo el Estrecho en la Península, y las Baleares entre las islas, y Mahón y Cartagena entre los puertos, y Málaga, Valencia, Barcelona entre las ciudades, no podemos permanecer indiferentes en los grandes problemas del Mediterráneo. No pensaban así nuestros gloriosos padres los catalanes, cuando decían que hasta los peces necesitaban llevar en la cabeza las barras de Cataluña para vivir en aquellas luminosísimas aguas.

Pasad el Bidasoa, y vereis cuán pronto dejais de vista á España; pero internaos en el mar de la civilización llamado por los antiguos *mare nostrum*, y nunca dejais á España, sobre todo, si recorreis las costas europeas. Marsella es una ciudad semi-griega, como la mayor parte de las ciudades mediterráneas; Provenza, la Cataluña y la Andalucía á un tiempo de Francia; Cerdeña, una isla cuyos habitantes llevan con orgullo antiguos apellidos españoles; en Génova, por los barrios, aparece la sombra sobrenatural de Colón, y cuando descendéis la marmórea escalinata del palacio de Andrea Doria, que llega hasta el puerto bajo una bóveda de mirtos y laureles, creéis ver la figura de Carlos V, y allá, lejos, las velas mandadas por D. Juan de Austria y servidas por D. Miguel de Cervantes; en la desembocadura del Arno, la ciudad, mártir de las competencias republicanas, guarda en sus anales con cuidado los nombres de los marineros que acompañaron á D. Jaime á Mallorca y á D. Alonso á Almería; por Tirreno, la bacante acostada sobre su lecho de pámpanos, la sirena ceñida por sus gasas de espumas, Parthenope, dice que debe á los Toledos la salud de sus aires, antes emponzoñados por las lagunas, y á los Riveras la pujanza de sus artes, antes menguadas por la imitación y la rutina; en los estrechos cercanos, los nombres de Prócida y Pedro Tercero, mezclan sus recuerdos de libertad, como dos faros sus resplandores de esperanza, é iluminan

aquellas costas sicilianas redimidas por los fuertes almogavares de la tiranía angevina; al borde luminoso de la ethérea laguna de San Marcos, bajo los artesonados del mágico alcázar de los Dux, los pinceles venecianos retratan los héroes de Lepanto, que añaden á su inmortalidad histórica la inmortalidad vinculada en las apoteosis del genio; sobre las crestas de Thesalia y en las llanuras de Servia, el pastor cristiano que ha soltado las armas para recoger el cayado, cuenta en romances orientales á sus hijos que allá lejos, hacia el ocaso existe un pueblo infatigable, el cual desafió por setecientos años, en seguidos y porfiados combates, las cimitarras mahometanas; á las orillas del Danubio, los colonos transportados allí por Trajano, para impedir las irrupciones bárbaras, sueñan con Itálica, como pudiera soñar Rioja, y os preguntan con tristeza digna del Alvaro de Rivas, por Sevilla, su cuna, por el Bétis perfumado de azahar, el río de sus padres; en el Bósforo, hasta las piedras saben cómo los catalanes y aragoneses retardaron la caída del imperio Bizantino y la servidumbre de Constantinopla; y en el Pireo los griegos cantados por la poesía moderna y revividos en 1821, al relampagueo de nuestra revolución del 20, confunden los nombres clásicos de Marathon, Platea y Salamina con los nombres españoles de Zaragoza y de Gerona, númenes que invocan cuantos héroes combaten y cuantos mártires mueren por la libertad y por la patria. (*Ruidosos y prolongados aplausos.*)

Una Cámara muy radical podría negar la virtud de los recuerdos históricos, más no vosotros que tanta parte dais en la vida á la historia. Pero ni la más radical de todas las Cámaras podría desconocer la fuerza de los hechos históricos cuando se mezclan á los intereses materiales del momento y á las necesidades de la posición geográfica. Queráis ó no queráis, la cuestión de Oriente importará mucho, muchísimo al Occidente. La indiferencia no puede prevalecer en cuestión que monta tanto para nosotros, dueños naturales de uno de los dos grandes extremos que tiene el

Mediterráneo. Por empeño que tengáis en esa frialdad, no puede sernos indiferente que se interponga una potencia en el paso por Suez á las islas Filipinas; no puede sernos indiferente que esté cerrado ó abierto el estrecho de los Dardanelos, tan necesario para nuestras comunicaciones con el Asia; no puede sernos indiferente que las bocas del Danubio caigan en unas manos avaras, las cuales maniobran para convertir toda la Europa en una nueva Tartaria; no puede sernos indiferente que por la retrocesión de la Besarabia y por la organización dada á la Bulgaria, árida estepa, se extienda como un manto fúnebre sobre los Balkanes desde el Neva hasta el Bósforo; no puede sernos indiferente que la capital del mundo esté en estas ó en otras manos; no puede sernos indiferente que el sepulcro de Cristo caiga en poder de una religión exclusiva y de una secta perseguidora de las demás sectas cristianas; ¡ah! nada de esto puede sernos indiferente; que así como la aurora boreal perturba la aguja magnética en el olvidado barco, y las fases del satélite regulan los movimientos de las mareas, y cualquiera alteración de la temperatura recrudece las heridas, aun después de cicatrizadas, cualquiera alteración en el Mediterráneo encona nuestras dos heridas, la que llevamos al costado y la que llevamos en el pié; el estrecho de Gibraltar y la desembocadura del Tajo.

Señores: en política hay que tener presente una previsión que penetre en el porvenir, y un apego inalterable á los principios progresivos. Hé aquí la grave dificultad del momento. No conozco nada tan reprobado por la pública conciencia como la causa del absolutismo teocrático representada por el imperio turco. Yo les diría á cuantos proponen una ortodoxia inaccesible á todo progreso, un pontífice rey elevado en las cimas de las sociedades, un libro religioso puesto como limite infranqueable á todas las aspiraciones, ó una aristocracia burocrática delegada de ese poder supremo, el sable por toda defensa arriba, y el silencio abajo, yo les diría que miraran al imperio turco perdiendo sus